

NINFA ROTA

Alfredo Gómez Cerdá



1.ª edición: abril 2019

© Del texto: Alfredo Gómez Cerdá, 2019
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2019
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la foto de cubierta: PavelPV/Istockphotos/Getty Images

ISBN: 978-84-698-4808-1
Depósito legal: M-3918-2019
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía
de la lengua española*, publicada en el año 2010.



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Alfredo Gómez Cerdá

NINFA ROTA

XVI PREMIO ANAYA
DE LITERATURA
INFANTIL Y JUVENIL

ANAYA

A Marina,
que me prestó su nombre
y me regaló su aliento.

MELIBEA: Madre mía, que me comen este corazón
serpientes dentro de mi cuerpo.

La Celestina, Acto décimo.

Desde hace tiempo sueño con ninfas y con faunos.

A mi madre le encanta la mitología. Tiene muchos libros sobre el tema. Me ha contado que se aficionó de adolescente. Sus amigas leían novelas, pero ella prefería esas historias increíbles llenas de dioses y personajes legendarios. Cuando yo era pequeña me contaba algunas. Recuerdo que mis padres acababan discutiendo por ese motivo.

—Crono se casó con su hermana Rea. Como sus padres habían predicho que sería destronado por uno de sus hijos, se los comía a todos nada más nacer. Cuando Rea dio a luz a Zeus, lo escondió y le dio a Crono una piedra envuelta en pañales para que la devorase...

—No le cuentes esas cosas a la niña —intervenía mi padre.

—Se trata del nacimiento de Zeus, el dios más importante del Olimpo.

—No es apropiado para su edad.

—Mira, si tú quieres le cuentas la historia de los tres cerditos, de Cenicienta o de Pulgarcito; pero yo le voy a contar la de Zeus, la de los hermanos Apolo y Artemisa, la de Poseidón...

Creo que a pocas niñas les habrán contado sus padres tantas historias como a mí. Mi madre no paraba con la mitología

y mi padre, para contrarrestar, me contaba todos los cuentos tradicionales; me contó tantos que yo creo que alguno se lo inventó.

Desde hace tiempo sueño con ninfas y con faunos.

No recuerdo cuándo ocurrió la primera vez. Fue un sueño muy extraño. Siempre me pareció grotesco y repulsivo el aspecto físico de los faunos: humanos, salvo sus extremidades inferiores, que son de cabra. No tenían pies, sino pezuñas. Además, en su frente lucían unos pequeños cuernos. Por el contrario, las ninfas eran doncellas bellísimas que se pasaban el día al aire libre, cantando y bailando, y que por lo general acababan casándose con algún héroe o en el séquito de amantes de algún dios.

Recuerdo que mi madre me decía que las ninfas eran ton-tas de remate y que lo peor que podría hacer una mujer del siglo XXI era tratar de imitarlas.

Soñé que yo era una ninfa. No estaba danzando entre la espesura de un bosque, ni sentada sobre las rocas de las que manaba una fuente, ni en la orilla del mar... Me encontraba en una habitación cuadrada, vacía y oscura; sin ventanas ni puertas. La luz era muy débil y no se sabía de dónde procedía. Ni siquiera había una silla donde poder sentarse. El lugar era agobiante y me producía una enorme inquietud.

No estaba sola en esa habitación. Frente a mí había un fauno, grande, imponente, con sus patas peludas rematadas con pezuñas; su cabello revuelto y sus barbas salvajes formaban una especie de remolino alrededor de su cara, solo horadado por sus cuernos. No apartaba los ojos de mí y sin embargo, tenía la sensación de que no me miraba o de que, si lo hacía, aquella mirada no se detenía en mi cuerpo.

El Fauno se mueve hacia un lado y luego hacia el otro. Sus movimientos son inseguros, algo torpes, como si el espacio reducido de la habitación le resultase incómodo. La Ninfa no puede disimular un gesto de preocupación.

NINFA: ¿Dónde estamos?

FAUNO: ¿Eso importa?

NINFA: No me gusta este sitio.

FAUNO: Estamos solos, tú y yo. Es lo que deseábamos, ¿no lo recuerdas?

NINFA: ¿Pero qué lugar es este?

FAUNO: Qué más da.

NINFA: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Me has traído tú?

FAUNO: No hagas más preguntas. Solo piensa que estás conmigo.

NINFA: Tengo miedo.

FAUNO: ¿De mí?

La Ninfa no se atreve a responder y baja la cabeza.

FAUNO: ¿Quieres decir que soy yo el causante de tu miedo?

NINFA: No he dicho eso.

FAUNO: Responde: ¿te doy miedo?

NINFA: (*Titubea*) No.

FAUNO: (*Sonríe satisfecho*) Yo te protegeré.

NINFA: ¿De quién?

FAUNO: De todos.

NINFA: Nunca he necesitado protección.

FAUNO: Conmigo estarás segura.

NINFA: Nunca me he sentido insegura.

El Fauno da unos pasos hacia la Ninfa.

FAUNO: ¿Me quieres?

NINFA: Sí.

FAUNO: Solo de eso debes sentirte siempre muy segura.

NINFA: Lo estoy.

FAUNO: De lo demás me ocuparé yo.

NINFA: No te entiendo.

FAUNO: No hace falta que me entiendas.

La Ninfa se atreve a mirarle a los ojos. Se da cuenta de que sus cuernos siguen la misma dirección de su mirada.

NINFA: Antes no eras así. ¿Por qué has cambiado?

FAUNO: Te equivocas, no he cambiado nada. Lo que ocurre es que ahora empezamos a conocernos de verdad.

NINFA: Pero yo creía...

FAUNO: ¿No te gusto como soy?

El Fauno da un paso más hacia la Ninfa, que vuelve a agachar la cabeza abrumada por su imponente presencia.

NINFA: *(Susurrando)* Sí.

FAUNO: No te oigo.

NINFA: ¡Sí!

FAUNO: Es una suerte para ti poder quererme, haberte enamorado de mí... ¿O no estás enamorada?

NINFA: ¿Cómo puedes dudararlo?

FAUNO: Lo dudaré solo si tú no me lo dices.

NINFA: Yo no lo dudo. Lo estoy.

FAUNO: ¿Es una suerte para ti que lo estés?

NINFA: Sí. ¿Y para ti?

El Fauno no responde y abraza a la Ninfa. Ella se deja abrazar, pero no puede librarse de la inquietud que la embarga. El Fauno lo nota.

FAUNO: ¿Qué te ocurre?

NINFA: *(Suplicando)* No me hagas daño.

FAUNO: ¿Crees que voy a hacerte daño?

NINFA: Sácame de este lugar, por favor.

FAUNO: Eso es, suplica. Es lo único que te dejaré hacer.

La Ninfa se separa del Fauno y trata de encontrar una salida. Una a una, recorre las cuatro paredes de aquella habitación en penumbra, sin encontrar una puerta, ni siquiera una rendija que la comunique con el exterior. Su angustia va creciendo. Se siente prisionera, aunque aquello no sea una cárcel. Se vuelve hacia el Fauno, pero ha desaparecido.

NINFA: ¿Dónde estás? No me dejes sola, por favor. Este lugar me da miedo.

Su angustia va aumentando. Nota que le falta el aire. Quiere gritar, pero no lo consigue; además, está convencida de que nadie podría escucharla. Salta con los brazos extendidos, queriendo alcanzar el techo, como si allí se encontrara la salvación. Está demasiado alto. De pronto, se da cuenta de que no está pisando el suelo. Flota misteriosamente en el centro de esa habitación, que es un cubo perfecto. Aunque hace ímprobos esfuerzos, no consigue alcanzar ninguna de las caras, a pesar de que cada vez el cubo es más pequeño, como si se estuviera comprimiendo sobre ella.

NINFA: ¿Dónde estás? No has podido desaparecer de improviso. Por favor, vuelve. Sácame de aquí.

La Ninfa comienza a sudar. La angustia le está ahogando. Se lleva las manos al cuello. Abre la boca tratando de encontrar un poco de aire. La desesperación se va apoderando de ella.

NINFA: ¡Socorro! ¡Socorro!

Entonces percibe un instante de lucidez y trata de reaccionar, de aferrarse a algo que, de repente, le parece lo más lógico, lo único con visos de certidumbre.

NINFA: *(Habla para sí)* Es un sueño. Lo que me está pasando no tiene ningún sentido. Solo es eso: un sueño, una pesadilla... Si abro los ojos me despertaré y me encontraré en mi cama, en mi habitación, en mi casa... Es así, vamos, ¿a qué esperas? Abre los ojos. Despierta de una vez. ¡Despierta!

Cuando al fin pude abrir los ojos, estaba sudando y creo que las pulsaciones de mi corazón se habían duplicado. Agarré el móvil para mirar la hora. Me temblaban las manos. Las cinco y veinte de la madrugada. Mi primer impulso fue encender la lamparita de la mesilla, pero me contuve, pues no quería que el resplandor pudiera despertar a mis padres. Me bastaría la luz de la pantalla del móvil. Me sequé el sudor con las mangas del pijama. Activé la cámara del teléfono y la roté con la intención de descubrir mi rostro en la pantalla, pero faltaba luz. Finalmente me decidí a encender la lamparita de la mesilla.

No encuentro palabras para describir mi cara, pero desde luego no desentonaría en una película de terror. Apagué la luz

y permanecí con el móvil entre las manos. Por fortuna mis padres no se despertaron, lo que me permitió evitar dar explicaciones y, sobre todo, aclarar el motivo de mi agitación y del sudor que me bañaba. Me costó mucho trabajo volver a conciliar el sueño. Tenía miedo de que la pesadilla regresase. No quería de ninguna manera volver a sentirme dentro de aquel cubo angustioso, cerrado a cal y canto.

Durante el desayuno, mi madre se me quedó mirando. Conozco de sobra las expresiones de su cara. No dijo nada, pero sé que algo notó, a pesar de que me acababa de duchar y con el agua había tratado de borrar todas las huellas que suele dejar en el rostro una mala noche.

No le dejé que comenzase a hacerme preguntas.

—¿Es verdad que las ninfas eran tontas de remate?

—¿Las ninfas? —se sorprendió un poco por mi salida.

—Recuerdo que tú me contabas que una mujer no debería tratar de imitar a una ninfa.

—Bueno, a mí nunca me han interesado mucho —reconoció después de dar un buen sorbo de café—. Siempre están relacionadas con la naturaleza, y eso las hace interesantes; pero las pobres se pasan la vida semidesnudas, saltando entre los arroyos, cantando, bailando sobre un manto de hojarasca, entregándose al amor con cualquier dios arrogante... ¿A qué mujer inteligente le puede atraer una vida así?

—¿Y los faunos?

—Los faunos pertenecen a la mitología latina y las ninfas a la griega —me explicó—. Pero en la actualidad se confunde todo, se mezcla; no hay rigor.

Mi padre, que hasta ese momento se había mantenido callado, observándonos, se levantó con su taza vacía y abrió la

puerta del lavavajillas. Movi6 la cabeza, negando ostensiblemente.

—No me lo puedo creer —coment6— . Espero que no la hayas convertido en otra obsesa de la mitología.

Mi madre se encogió de hombros, como dando a entender que eso no era lo peor del mundo. Yo aproveché para levantarme y llevar mi taza al lavavajillas.

—Tambi6n recuerdo todos los cuentos que tú me contabas —le dije a mi padre.

Se nos había hecho un poco tarde, así que los tres salimos pitando. A veces coincido con mi madre al salir de casa por las mañanas. Mi padre suele marcharse un poco antes. Al llegar a la parada del autobús nos separamos. Mientras me dirigía al instituto pensaba que hubiese sido mejor soñar con los tres cerditos, o con la Bella Durmiente, o con Blancanieves... Al menos eran historias mucho más previsibles, de las que ya conocía el final.

Desde hace tiempo sueño con ninfas y con faunos.

Son pesadillas.

¿Por qué se mezclan ninfas y faunos en mis sueños si pertenecen a mitologías diferentes? Aunque, pensándolo bien, no me extraña. La mitología es un verdadero lío.